

X Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXV Jornadas de Investigación XIV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2018.

# El deseo y la función de la palabra.

Pasicel, Hernán.

Cita:

Pasicel, Hernán (2018). *El deseo y la función de la palabra*. X Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXV Jornadas de Investigación XIV Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-122/507>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ewym/qRf>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

# EL DESEO Y LA FUNCIÓN DE LA PALABRA

Pasicel, Hernán

Universidad de Buenos Aires. Facultad de Psicología. Argentina

---

## RESUMEN

Este trabajo forma parte de la investigación para la tesis de maestría centrada en la construcción del falo como significante del deseo y su relación con el fin de análisis. Uno de los ejes en que se desarrolla la fundamentación de la tesis es el diacrónico, allí la elucidación del concepto se ordena en torno a la pregunta por las transformaciones que han contribuido a su armado en el desarrollo de la obra de Lacan. El objetivo del siguiente escrito se centra en explorar la concepción de deseo en la obra de Lacan en los primeros años de enseñanza -en torno a la función de la palabra y el campo de lenguaje- para explorar los puntos de ruptura y las modificaciones que introducen la primacía del significante y el falo.

### Palabras clave

Deseo - Lenguaje - Palabra - Sujeto

## ABSTRACT

### THE DESIRE AND THE FUNCTION OF THE SPEECH

This work is part of the elaboration of the research of the master's thesis focused on the construction of the phallus as a signifier of desire in function of the purpose of analysis. One of the axes on which the foundation of the thesis is developed is the diachronic, there the elucidation of the concept is ordered around the question of the transformations that have contributed to its assembly in the development of the work of Lacan. The objective of the following paper is to explore the conception of desire in Lacan's work in the first years of teaching-around the function of the speech and the field of language-to explore the points of rupture and the modifications that introduce the primacy of the signifier and the phallus.

### Keywords

Desire - Language - Speech - Subject

## Introducción

Este trabajo forma parte de la investigación para la tesis de maestría centrada en la construcción del falo como significante del deseo en función del fin de análisis. Uno de los ejes en que se desarrolla la fundamentación de la tesis es el diacrónico, allí la elucidación del concepto se ordena en torno a la pregunta por las transformaciones que han contribuido a su armado en el desarrollo de la obra de Lacan. El objetivo del siguiente escrito se centra en explorar la concepción de deseo en la obra de Lacan en sus primeros años de enseñanza -en torno a la función de la palabra y el campo de lenguaje- para explorar los puntos de ruptura y las modificaciones que introducen la primacía del significante y el falo.

### **El deseo: entre la palabra y el lenguaje**

Lacan aborda la experiencia psicoanalítica partiendo de un hecho

que apunta a lo más inmediato pero, por esto mismo, lo menos evidente: el único medio del psicoanálisis es la palabra. Este punto de partida, que supuso interrogar algo obvio pero nuclear al análisis, le posibilita, al localizar los medios de los que el psicoanálisis se priva y aquellos que se reserva, extraer consecuencias que lo llevarán a reformular el aparato conceptual y la práctica desde un ángulo nuevo.

Sin embargo, ¿Qué es hablar? No es sencillo. Hablar «se dice de muchas maneras». Lacan en un primer período de su enseñanza circunscribe al menos dos: La palabra y el lenguaje.

Esta distinción, en la que podríamos rastrear la diferencia entre lengua y habla con que F. De Saussure aborda el problema del lenguaje, es una herramienta que junto con sus tres registros, aspira a reordenar y reinterpretar el legado Freudiano.

El hablar no se agota en una función informativa como instrumento de comunicación. Tampoco en el uso como herramienta objetivante con la cual representar y organizar la realidad.

Esta dimensión instrumental, comunicacional, incluso psicológica (como función yoica), Lacan la pone a cuenta del *lenguaje* y la emplaza en el registro imaginario de la realidad humana. Sin embargo, el *lenguaje* como sistema de signos pre-convenidos, universalizantes, se ve interferido en su eficacia por algo que, articulado a él, no se somete totalmente a sus leyes.

Se trata de aquello que en el sujeto hablante hace síntoma, produce inhibiciones y suscita angustia; hace hablar y callar, quedarse sin palabras, o inventar nuevas.

En el centro de esta intromisión en el afán de dominio del lenguaje, el psicoanálisis encuentra al deseo como lugar privilegiado en que se revela un punto de insuficiencia en el sistema de la lengua:

“No hay verdaderamente una palabra para eso - óiganlo de mi propia boca, porque, porque tal vez no hará ningún daño que diga que no todo es reducible al lenguaje. Siempre lo he dicho, desde luego, pero si no lo han oído lo repito - no hay una palabra para expresar algo, algo que tiene un nombre, y es precisamente el deseo. Para expresar el deseo, la sabiduría popular lo sabe muy bien, no hay más que palabrería” (LACAN, 2003, p. 391).

Lo que el deseo muestra como déficit del lenguaje (en su pretensión de objetivar o rotular con un nombre) abre en cambio a otra faceta del hablar, propia del registro simbólico: *la función de la palabra*.

En este sentido el hablante se divide. Por un lado, el *yo* y sus objetos imaginarios sostenidos por el sistema del lenguaje; aquí el deseo se aliena en las formas entificadas con las que el *yo* se identifica. No obstante, el psicoanálisis supone que en aquel que habla habita un sujeto como *apertura*, más allá de las objetivaciones imaginarias con que el lenguaje permite coagular el ser. Este *ser-en-apertura* vive una antinomia irresoluble entre la palabra y el lenguaje, lo articulado y lo inarticulable.

En la *función de la palabra* no es el *yo* como instancia enunciativa

el que en primera persona dice de ese deseo. Se lee, en cambio, en los dichos que se trastocan por un más o por un menos, por tropiezos, sorpresas, olvidos, epifanías y sendas que van a ninguna parte. Son estas alteraciones (en el sentido etimológico del término) lo que atestiguan la presencia de un decir que se sustrae a cualquier intento de dominio objetivante.

“Tal es lo que hace que la experiencia analítica no sea decisivamente objetivable. Implica siempre en el seno de ella misma la emergencia de una verdad que sólo puede ser dicha porque lo que la constituye es la palabra, y porque sería necesario de algún modo decir la palabra misma, que es, hablando estrictamente, lo que no puede ser dicho en tanto que palabra” (LACAN, 2010, p. 38).

Esta dimensión de la palabra revela que el deseo humano trasciende los objetos con que el yo imagina poder satisfacerse. Objetos que lo fascinan o lo frustran, a la vez que le ocultan una verdad: que los hablantes, en tanto tales, articulan en el lenguaje la cuestión del sentido de su existencia.

“El hombre habla pues, pero es porque el símbolo lo ha hecho hombre” (LACAN, 2002-a, p.267).

Hablamos porque somos hablados. Pero somos hablados por el lenguaje que nos etiqueta. Los *tú eres* con que se espera y se envuelve al viviente tienen un efecto mortificante (Lacan advierte la homofonía en francés entre *tú es*: tu eres y *tuer*: matar). En este sentido, el *hablados por el lenguaje*, en tanto anonadados por él, resulta insuficiente para entender *por qué el hombre habla*.

¿Por qué habla un sujeto? Es la misma pregunta que por la vía negativa lo lleva a Lacan a plantearse en el capítulo «Introducción del gran Otro» del *seminario 2: ¿Por qué no hablan los planetas?* Lacan encuentra varias respuestas para explorar esta cuestión. Señalemos dos.

Los planetas no hablan porque «se los ha hecho callar» y porque «no tienen boca». Se los «ha hecho callar» por efecto del lenguaje sistematizado de la ciencia moderna, que reduce todo ser a objeto, por la vía de la representación; aquí interesa que el lenguaje, en tanto muro, reduce la dimensión de alteridad a una mismidad homogeneizante y cosificadora. La otra afirmación permite anudar la función de la palabra al deseo. Dice: «Los planetas no hablan porque no tienen boca», la boca, además del lugar anatómico por donde salen las palabras, representa el vacío del deseo, el lugar de la aspiración.

Entonces, el *lenguaje* hace callar al reducir la alteridad a pura identidad, «redondea» y por lo tanto obtura la apertura del sujeto y, por esto mismo, cierra la boca, tapa el *vacío del deseo*, es decir, ese vacío que causa y que se realiza al hablar.

“Los símbolos envuelven en efecto la vida del hombre con una red tan total, que reúnen antes de que él venga al mundo a aquellos que van a engendrarlo “por el hueso y por la carne (...) Servidumbre y grandeza en que se anodaría el vivo, si el deseo no preservase su parte en las interferencias y las pulsaciones que hacen converger en él los ciclos del lenguaje (...) Pero este deseo mismo, para ser satisfecho en el hombre, exige ser reconocido, por las concordancias de la palabra o por la lucha de prestigio, en el símbolo o en lo imaginario. (LACAN, 2002-a, pp. 269-270).

El deseo aquí es definido como una parte que interfiere y pulsa en función de preservar[i] de la petrificación en que el sujeto aliena su

ser vivo en la red total[iii] de los símbolos (leemos aquí *lenguaje*) y que le permitirá pasar del *ser hablado* a tomar la palabra, es decir, a jugar como vivo su partida en el campo del lenguaje.

Pero este deseo no es, justamente, algo inerte, aislado ni autosuficiente. Exige, para ser satisfecho, ser reconocido por la mediación del semejante, en la vía imaginaria, o del Otro, en el registro simbólico. Esta exigencia de reconocimiento[iii] del deseo le hará recibir al emisor algo que hace al núcleo de su ser como sujeto deseante: la falta de ser

“El deseo, función central de toda la experiencia humana, es deseo de nada nombrable, Y ese deseo es lo que al mismo tiempo está en la fuente de toda especie de animación. Si el ser no fuera más que lo que es, ni siquiera habría lugar para hablar de él. El ser llega a existir en función misma de esta falta. Es en función de esta falta, en la experiencia de deseo, como el ser llega a un sentimiento de sí con respecto al ser. Sólo de la búsqueda de ese más allá que no es nada vuelve al sentimiento de un ser consciente de sí, que no es sino su propio reflejo en el mundo de las cosas (...) ese ser de deseo que no puede verse como tal salvo en su falta. En esta falta de ser se percata de que el ser le falta, y de que el ser está ahí, en todas las cosas que no se saben ser. Y se imagina como un objeto más, porque no ve otra diferencia (...)

En suma, hay una confusión entre el poder de erección[iv] de una aflicción fundamental por la cual el ser se eleva como presencia sobre fondo de ausencia y lo que comúnmente llamamos poder de la conciencia... (LACAN, 2004, p. 334-335).

Como ser de deseo, el sujeto encuentra su esencia en la falta de ser. El júbilo frente al brillo de la imagen ideal deseada encuentra su raíz en la insuficiencia motriz; el objeto del deseo se aprehende en ese otro que simultáneamente muestra y desposee al sujeto -como ejemplifica Lacan en reiteradas ocasiones recurriendo a la imagen de esa envidia paradigmática con que San Agustín describe al niño con expresión amarga frente al lactante-. Es la imagen de lo que se carece la que suscita y muestra las vías del deseo y el goce. Es como falta, de lo que el yo ilusiona que completaría su ser, que se revela la cifra mortal, el *toque de la muerte*, consustancial al ex-sistir. Pero es por la función de la palabra, que esta experiencia de la muerte se podrá elevar a una segunda potencia --la potencia creadora de los símbolos- y sobrepasar el sin salida, a vida o muerte con el semejante, de la encerrona narcisista.

Pero, ¿qué lleva a alguien que sufre y se dirige a un psicoanalista a abrir esta dimensión ontológica y que, por lo tanto, justificaría su intervención?

“La palabra en efecto es un don del lenguaje, y el lenguaje no es inmaterial. Es cuerpo sutil, pero es cuerpo. Las palabras están atrapadas en todas las imágenes corporales que cautivan al sujeto; pueden preñar a la histérica, identificarse con el objeto del penisneid, representar el flujo de orina de la ambición uretral, o el excremento retenido del goce avaricioso[v]” (LACAN, 2002-a, p. 289) Reencontramos en esta cita la diferencia entre el lenguaje y la palabra. Aquí la palabra es *don* (del lenguaje, pero irreductible a él). Caracterizar el lazo entre la palabra y el lenguaje como un don abre a una serie de referencias e implicaciones que exceden el marco de este trabajo (Mauss y el don como fundante del lazo social; el don y la paradójica conjunción de la alteridad y propiedad, el don y la

contingencia, etc.) Pero, en esta última cita, la idea de don se tensa con la figura de una palabra que está «atrapada» en imágenes corporales y que constituyen el núcleo de ese fenómeno fundante de la clínica psicoanalítica: el síntoma neurótico:

“Pero la verdad puede volverse a encontrar; lo más a menudo ya está escrita en otra parte. A saber:

- En los monumentos: y esto es mi cuerpo, es decir, en el núcleo histórico de la neurosis donde el síntoma histórico muestra la estructura de un lenguaje y se descifra como una inscripción que, una vez recogida, puede sin pérdida grave ser destruida” (LACAN, 2002-a, p.251-252).

Más allá de esa pizca de entusiasmo con que Lacan imagina la resolución del síntoma, interesa aquí poder señalar en qué consiste la intervención analítica de «desciframiento» en términos de la dialéctica entre la palabra y el lenguaje.

El núcleo del síntoma desde esta perspectiva, si bien muestra la estructura de un lenguaje (con sus leyes y materialidad), es definido como una palabra que está apresada.

“Para liberar la palabra del sujeto, lo introducimos en el lenguaje de su deseo, es decir, en el lenguaje primero en el cual más allá de lo que nos dice de él, ya nos habla sin saberlo, y en los símbolos del síntoma en primer lugar” (LACAN, 2002-a, p.283)

Se trata, en el síntoma, de la tensión entre el lenguaje del deseo (desconocido) y una palabra amurada, amordazada: un capítulo censurado. Así, el síntoma manifiesta un enclave inercial que se contrapone al movimiento dialéctico de la palabra. Es un monumento como conmemoración[vi]; la manifestación y coagulación de un capítulo de la historia del sujeto que no ha podido ser abordado por las vías de la palabra y del reconocimiento intersubjetivo.

En cambio, la palabra es liberada si se habilita la dimensión del don[vii]. Sobre ese lenguaje primero del deseo, que el análisis propone escuchar en el síntoma, puede operar la función creadora de la palabra y abrir ese ser allí coagulado a la dialéctica transformadora (vivificante) de la relación con un Otro como alteridad radical. Ese Otro que no se reduce a los espejismos imaginarios, sino a un Otro real reconocido como tal[viii]: por eso la palabra no es una facultad individual ya que, en tanto don, echa raíz en la otredad.

Finalmente, ¿en qué dirección se orienta el análisis respecto al deseo?

“Pueden apreciar que la acción eficaz del análisis consiste en que el sujeto llegue a reconocer y a nombrar su deseo. Pero no se trata de reconocer algo que estaría allí, totalmente dado, listo para ser coaptado. Al nombrarlo, el sujeto crea, hace surgir, una nueva presencia en el mundo. Introduce la presencia como tal, y, al mismo tiempo, cava la ausencia como tal.” (LACAN, 2004, p. 342).

*Reconocer y nombrar* el deseo, quedan del lado de una acción que sobrepasa lo reconocido y nombrado. Resuenan, en cambio, como actos de institución y designación. No informan ni describen. Tienen una dimensión performativa.

Por eso que hablar en análisis no apunta a cualquier palabra sino a una palabra que haga acto, que tenga consecuencias. A este registro Lacan lo llamó *palabra plena*.

El recorrido de un análisis por las idas y vueltas de la historia, por el movimiento de báscula de un deseo que oscila entre proyección e introyección, apunta a extraer la forma, es decir, simbolizar la falta

de ser y así transformar la satisfacción del deseo en el plano de la fascinación y la rivalidad. Al realizar un movimiento de subjetivación de esa forma de la muerte que le revela la dialéctica imaginaria permite que el sujeto asuma una posición en y por la palabra: una nueva presencia en el mundo.

Parafraseando a Freud, el análisis va del *fantaseo*: el juego de espejos en el muro del lenguaje, al *creador literario*: una reescritura de la historia en que se reúnen en forma paradójica la revelación y realización del ser, posibilitada por el soporte del lazo con el Otro transferencial, un Otro como alteridad, un verdadero sujeto.

“El deseo del hombre encuentra su sentido en el deseo del otro, no tanto porque el otro guarda las llaves del objeto deseado, sino porque su primer objeto es ser reconocido por el otro” (LACAN, 2002-a, p, 259).

## Conclusión

En el año 1957 Lacan afirma lo siguiente:

A lo largo de este mismo año, hemos desplazado progresivamente nuestro interés. Por supuesto, hay leyes de la intersubjetividad. Son las leyes que rigen la relación del sujeto con el otro con minúscula y con el Otro con mayúscula. Pero no sólo nos ocupamos de eso. La función original del discurso, en la cual se trata esencialmente del lenguaje merece que nos la planteemos paso a paso. El discurso también tiene sus leyes, y la relación del significante con el significado es algo distinto que la intersubjetividad, aunque puedan recubrirse, como las relaciones entre lo imaginario y lo simbólico. (LACAN, 1994, p. 397)

En este párrafo encontramos una reflexión de Lacan sobre el movimiento que se está produciendo en el interior de su propio pensamiento. Está culminando su seminario sobre la relación de objeto, en proceso de escritura de *La instancia de la letra en el inconsciente* y presentando el proyecto de lo que será su seminario sobre las formaciones del inconsciente. Dos nuevas ideas obtendrán carta de ciudadanía: la noción de falta de objeto y la primacía de la cadena significante en la constitución del sujeto.

Estas nociones van a confluir en la construcción del concepto de significante fálico como significante del deseo y en una nueva clave para la terminación de los análisis.

Pero, lo más relevante respecto al párrafo del *seminario 4* es que, sin desconocer la importancia -pero dejándola en un segundo plano- de las leyes de la palabra, considera que en la función original del discurso de lo que se trata *esencialmente* es del lenguaje. Es en el campo de la estructura del lenguaje en que Lacan pondrá el eje en el que encontrar un fundamento de la experiencia psicoanalítica. ¿Cómo modifica este viraje la noción de deseo?

El problema del deseo es retomado como el resultado del encuentro del viviente con la cadena significante, tanto en su efecto mortificante como en los medios que un sujeto tiene para reintroducir algo de su ser de vivo en la existencia.

El concepto clave que se forja ahora es el de demanda.

A partir del *seminario 5* la demanda es definida en términos de articulación significante. Se plantea una nueva antinomia, ya no entre la palabra y lenguaje, sino entre el deseo y la demanda. La demanda es aquello articulado y articulable al lenguaje, en cambio el deseo se presenta como un resto no articulable plenamente a la

cadena significante, como un más allá de la demanda. Por esto, el sujeto en relación al deseo no encuentra en el campo del Otro del lenguaje otra respuesta que el significante de la falta. Con lo cual, lo que en *función y campo* se presenta del lado de la función de la palabra, como aquello que en tanto deseo se preservaba de la red total de los símbolos, encuentra aquí su sostén en la estructura del lenguaje, en el significante de la falta en el Otro. Es decir, ya no en el Otro como alteridad radical si no en la falta inherente al Otro entendido como estructura significante. En esto el significante fálico y la castración ocupan un papel fundamental. A diferencia de la elaboración anterior, en donde aquello que se escurría de los dichos encontraba la chance de ser realizado gracias a la relación con un Otro real, ahora, ya que la esencia del discurso es el lenguaje, es en el significante que deberá encontrar su apoyo. Por lo tanto, Lacan necesitará establecer la existencia de un significante especial, de distinta naturaleza a los otros que se articulan en la demanda: un significante impar. El falo estará así destinado a la función de simbolizar el deseo como un más allá de la demanda, articulado a una posición sexuada y cuyo objeto llevará las marcas del inconsciente estructurado como un lenguaje: el objeto metonímico.

#### NOTAS

- [i] El deseo como eso que *preserva su parte* respecto al anonadamiento que introduce el lenguaje en el viviente, es retomada por el concepto de falo en el seminario 5 articulado a la noción de condición absoluta, como una exigencia de satisfacción que retoma la particularidad perdida en el pasaje de la necesidad a la demanda. También podremos reencontrarla en la idea de *reserva operatoria* con que en el seminario 10 se define al falo.
- [ii] Con la introducción de la primacía del significante también cambiará esta idea de «red total de los símbolos» o de «universo simbólico». La estructura del lenguaje no es una totalidad sino un conjunto abierto (donde ningún metalenguaje puede hacer de «clave de bóveda»). Justamente, una de las funciones del significante fálico es introducir esa barra que inscribe, para el sujeto, el significante de esa falta.
- [iii] En el horizonte del inconsciente estructurado como un lenguaje, esta exigencia quedará del lado de la demanda.
- [iv] «...el poder de erección de una aflicción fundamental por la cual el ser se eleva como presencia sobre fondo de ausencia...» Aquí la presencia de aquello que en relación al deseo quedará articulado al concepto de falo (imaginario) es aludido casi explícitamente (el poder de *erección*). También la articulación *falo simbólico - falo imaginario* que formalizará el esquema del velo en el seminario 4 (*Sólo de la búsqueda de ese más allá que no es nada... se eleva como presencia sobre fondo de ausencia...*).
- [v] *Preñar a la histérica, el objeto del penis-neid, el flujo de orina de la ambición*, figuras que serán anudadas a la significación fálica a partir de la

primacía del significante.

[vi] El síntoma en tanto monumento, afirma la historia como pasado, muerto y conmemorado. La historia sería, desde el punto de vista del síntoma, la forma objetivante con que es abordada por el lenguaje. En cambio, para la función de la palabra "*la historia es el pasado historizado en el presente porque ha sido vivido en el pasado*" (LACAN, 1992, p. 27). En la palabra plena es en función del futuro («las necesidades por venir») que se transforma el pasado y que, por este acto, deviene en «contingencias pasadas». Es historia viviente, dialectizada.

[vii] Si los objetos de la pulsión son el prototipo en esta época de los objetos en el eje imaginario, el don es el paradigma de lo que podría ser llamado objeto en el eje simbólico: una nada cuyo valor reside en el lazo que instaura entre sujetos. Aquí el don evoca la idea de un intercambio que modifica a los participantes -atributo esencial de la intersubjetividad como lazo simbólico-, y que fundamentalmente es el don de la palabra.

[viii] Es reconocido, no conocido. El conocimiento para Lacan es característico del campo del lenguaje en el cual el yo se vincula de forma simétrica con otros egos homogéneos, es decir objetos. La dimensión de la palabra, en cambio, instituye a otro sujeto no complementario ni homogéneo: sujeto real que desde esta dimensión de alteridad radical dice una verdad que concierne, sorprende y descentra al hablante.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Balmes, F (2002) *Lo que Lacan dice del ser*. Buenos Aires. Ed. Amorrortu.
- Lacan, J. (2014) *Lo simbólico, lo imaginario y lo real* (1953) en *De los nombres del padre*. Buenos Aires: Ed. Paidós
- Lacan, J. (2010) *El mito individual del neurótico* (1953) en *Intervenciones y Textos 1*. Buenos Aires: Ed. Manantial.
- Lacan, J. (1992) *Los escritos técnicos de Freud. Seminario 1* (1953-1954). Buenos Aires: Ed. Paidós.
- Lacan, J. (2004) *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica. Seminario 2* (1954-1955). Buenos Aires: Ed. Paidós.
- Lacan, J. (2002) *Las psicosis. Seminario 3* (1955-1956). Buenos Aires: Ed. Paidós.
- Lacan, J. (1994) *La relación de objeto. Seminario 4*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- Lacan, J. (2003) *Las formaciones del inconsciente. Seminario 5*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- Lacan, J. (2002-a) *Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis* (1953) en *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2002-a) *Variantes de la cura tipo* (1955) en *Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2002-a) *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis* en *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2002-a): *La dirección de la cura y los principios de su poder* en *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2002-a). *La Significación del falo* en *Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo XXI.